



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9331

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 125 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

MÉRCOLES 7 DE DICIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, S. A. Lovette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

EL REY DE LOS ANISETES

Fabricado por Don Miguel Soia, de Sabadell
CUATRO CLASES

superior, extrablancos, extraamarillo y rancio

El expresado licor está fabricado con alcohol perfectamente ético y anís de excelente calidad; conteniendo además una corta cantidad de azúcar, siendo la proporción de este tal, que contribuya á darle un precioso bouquet.

Estimula suavemente la membrana mucosa del estómago, activando la secreción de sus glándulas; aumenta el apetito y obra sobre la digestión de un modo notable.

Obra además como carminativo y anodino evitando la formación de gases y calmando los dolores abdominales de forma neurálgica á que están tan propensas ciertas personas é imprime tono y energía á los grandes nervios que presiden las funciones de asimilación.

Puede pues, asegurarse que el licor *El Rey de los Anisetes* es altamente higiénico y de grandes cualidades no solamente como estomacal, sino como tónico neurosténico de todo el organismo.

De venta hoy, casa señora viuda de Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás García, Caridad 4; D. José María Ramón, plaza de Roldán 7; D. Juan Ruiz León, Gloria 21, y D. José Ruiz, Comedias 5.

Único representante para la provincia, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de San Fernando, 39, Cartagena.

M.^{me} LEONIE BROUTIN, MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Díaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y parrillas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chausberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

A LOS QUINTOS LA VERDAD

Redención del servicio militar activo. Por 750 pesetas se juega la suerte redimiendo á los quintos que les toque servir en la Península ó en Ultramar.

Nada de sustitutos ni prófugas.

Todas las operaciones á metálico.

Para más informes, pídanse al representante en esta localidad

DON JOSÉ CARREÑO.

LA MANTILLA Y EL SOMBRERO.

La insigne escritora Doña Emilia Pardo Bazán, consagra algunas páginas en el último número de su «Nuevo Teatrillo Crítico» á las prendas de la indumentaria femenil, que nombramos en el título que antecede á estas líneas.

No dudamos que los lectores de *EL ECO*, verán con gusto el extracto que á continuación insertamos del trabajo de la Señora Pardo Bazán.

El paso de la Reina de Portugal por Madrid—escribe Doña Emilia—ha agitado, entre otras cuestiones más ó menos interesantes, la del tocado de las señoras.

Esta no me parece tan fútil, por que el vestir, en la mujer, tiene siempre alcance y significación. Las personas oficialmente serias se mojan de una investigación relativa á modas actuales, y hallan natural, en cambio, que se escriba una di-

sertación de argamasa sobre algún «torquis» ó alguna «fibula», hallazgo extraído de un sepulcro romano.

Arrostrando el desdén de esos respetables varones que por mirar atrás se han convertido en estatuas («de magnesia», diría Miguel de los Santos Alvarez), voy á discurrir sobre la mantilla y el sombrero, haciéndome cargo de un bien escrito artículo de Enrique Sepúlveda.

El Sr. Sepúlveda es radical. No le hablen á él sino del poético enrejado de blonda, cuya sombra, llena de misterio y voluptuosidad, profundiza los ojos, suaviza la tez, realza la expresión de la fisonomía, y, ya honesto, ya incitante y provocador, centuplica los atractivos femeniles.

En su opinión, los sombreros son un ridículo armatoste, un cucurucho, un adefesio, los cubiletes de la «fashion» cursi y el envilecimiento de la mujer española.

Confesaré que en parte tiene razón el enemigo del sombrero. No hace muchos años que yo abogué por la restauración de la mantilla, y en especial de la rica blonda catalana, tan elegante en su diseño, tan práctica por su duración, tan artística en sus pliegues y ondulaciones y tan irremplazable en muchísimos casos, para completar un traje ó para dar carácter á una fiesta. Sin embargo, mi panegirico de la mantilla no entrafaba el sentido reaccionario y revolucionario á la vez que domina en el del Sr. Sepúlveda.

Si se juzgan los sombreros de mujer por descripción tan cruel y calificativos tan duros, no hay más remedio—está fuera de duda—que describirlos para siempre de toda bien ordenada república. Y es fuerza reconocer que la inmensa mayoría de los sombreros que vemos en las calles y teatros de Madrid, justifican la proscripción. A mi entender, el sombrero, aunque tan generalizado su uso, no ha penetrado todavía en la indumentaria española.

Apenas sabemos las españolas—hablo en plural por no ofender á nadie—cómo y cuándo se lleva el sombrero.

Con un campanario adquirido á principio de estación, recargado de flores, cintas, plumas, pájaros, hier-

bas, conchas y otros excesos de historia natural, ya creemos tener sombrero: y desde las diez de la mañana hasta la una de la misma, — hora prudente á que se acaban nuestros benditos teatros— danza el campanario consabido, fijo en el moño por la larga aguja, y oscilando lentamente á cada movimiento de la persona—como el famoso penacho de la Condesa en «Las Campanas de Carrion».

Pues bien: el usar sombrero es otra cosa muy diferente. Cada hora del día: cada circunstancia de la vida; cada edad: cada posición; cada tez y cada rostro tienen su sombrero propio, insustituible, característico.

La mujer que ejercita para vestirse la razón y el sentido estético, no acepta el primer sombrero que la encasqueta la gárrula modista, ansiosa de despachar á buen precio sus tinglados.

En París hay reinas de la moda, que en 20 años, apenas modifican sensiblemente la hechura de sombrero que mejor cuadra á su belleza.

Ven las extravagancias, y no las siguen: dejan pasar la budinera, el plato, el farol, la pagoda, la pantalla japonesa, y sólo con delicado gusto, alargan ó acortan unas líneas su tocado habitual, que esencialmente es siempre el mismo.

Entendido así el sombrero, apuesto á que le agrada hasta al Sr. Sepúlveda.

No todos son risibles cubiletes, y yo me he detenido algunas veces en las calles de la capital de Francia á admirar la gentil silueta de la parisense, que envuelta en su abrigo de pieles, subido hasta la boca el manguito diminuto, luce, á guisa de diadema—sobre los bien recogidos y finos cabellos y el breve moño que recuerda el de las diosas mitológicas—la toquilla de plumas, con su atrevida aia ó su colibrí de tornasolado plumage. La pintura y escultura han perpetuado tan gracioso atavío, y la «toca» cuya hechura armoniosa se ajusta exactamente al molde de la cabeza, es ante la estética, no sólo defendible, sino loable.

Es además cómoda, fácil de llevar, abrigada en invierno cuando la hacen blandas y mullidas pieles de nutria, chinchilla y castor, y la refuerza el forro de acolchado raso; ligera en estío, cuando se compone de un casquetillo de paja y una tira de seda arrugada con arte.

Y nombrando el estío, no se me queden en el tintero los fresquísimos sombreros de paja conocidos genéricamente por «pamelas».

Ni en la playa, donde se estrellan las olas; ni en el balneario, donde, en gruta de peñascos, mana la milagrosa fuente; ni en la granja, donde se apilan los haces de trigo y el sol tuesta de lleno la cálida tierra; ni en el jardín donde, sobre las enarenadas calles del parque inglés se esparce el ramaje tupido de las vellingtonias y las araucarias, con cisco y la mantilla; y en cambio, veo destacarse alegremente la linda «pastora» de paja de Italia, sobre cuya copa una mano inteligente prendió como al descuido el grupo de amapolas y acianos, ó la rama

de lilas primaverales, de ideal ligereza.

Trasladados con el pensamiento, desde la playa ó el parque, á la atmósfera tibia y perfumada de una aristocrática tertulia vespertina, ó á las salas de una Exposición. Ved con cuánta donosura luce esa dama la capotita microscópica, soñada; el retacillo de tul ó terciopelo que descubre y realza la importancia de su frente, el nacimiento de su cabellera, el arranque de su garganta y la calda de sus hombros.

Tampoco los pintores se han quedado ciertos en rendir homenaje á estas primorosas capotitas, y á los airosos chambegos de fieltro y á las gallardas «archiduquesas» y á les admirables «Rubens».

Y pregunto yo: ¿hemos de atender, en esta cuestión del tocado, á la estética nada más? La comodidad, propiedad y decencia, ¿no tienen sus derechos? Claro que sí; entre otras razones porque son infinitas las señoras que ya deben hacer caso omiso de las pretensiones de agrandar, y que cuanto más las cultiven, más probabilidades llevan de conseguir el resultado diametralmente opuesto.

No les recomendéis á éstos la mantilla, hoy que ha caído en desuso y que para ostentarla se requiere juventud, belleza, donaire, dinero—la mantilla sobre un traje pobre á la lana sería un solacismo.—Aconsejadlas más bien el tocado de las señoras mayores inglesas, tan limpio, tan digno, tan liso y llano.

¿Y la comodidad? Contemplad á esa «miss», de cándida boca, de mirada serena é inteligente.

Sobre la rubia mata que cae suelta (costumbre muy favorable á la salud del cabello), lleva una gorrita de pajo sin ningún adorno, con visera, una gorra de hombre: lo que se llama un «old England.» ¿Qué es feo? No; observad cómo agracia á su carita inocente, á las puras líneas de su rostro. Pero si fuese feo, ¿qué le importaría á la «miss»? Lo que ella quiere es un sombrero que no se caiga, que entre bien en la cabeza, que en el tren no estorbe, ni se arrugue, ni se manche; que quepa en el bolsillo y cueste poco, por si se pierde. Viajar con mantilla, equivaldrá á bajar al Retiro con cota de malla.

COLABORACION INEDITA.

HISTORIA DE UN PERRITO.

(CUENTO DE NIÑOS.)

I.

Tal vez los espíritus serios, los hombres graves las personas de una insuperable formalidad, manejadores de libros viejos, sujetos que piensan hondo y hablan pulido, tengan, unos por asunto impropio para ser narrado con pretensiones históricas, la vida de un perro, y otros—de los tales sesudos hombres—consideren que no siendo nuevo esto de escribir perradas, para nada importa la prosa ó romance que al único tipo de la fidelidad en la tierra se le dedique, bien sea en buenas ó en malas páginas; pero no por semejantes respetos y miramientos ha de quedar ignorada la historia del honrado *Peluca*.

Difícil me ha sido fijar la verdadera fecha del nacimiento de nuestro personaje. No menos dificultoso hallar cuales

fueron verdaderamente sus padres y con seguridad que por tales embrollos y obscuridades pasan todos los biógrafos aun los de los más notables individuos de la especie animal humana. Consta que nació en Madrid por Diciembre de 1884: que sus padres debieron ser una perrita canela, de un brigadier retirado que vivía en la calle de la Luna, y un Terranova propiedad de la viuda de un jefe superior de administración civil. Progenie cast aristocrática.

—¿Que no se muera en casa! Yo quiero verle lanzar el último ladrido—dijo el ama de *Peluca*—cuando el pobre perrito enfermo, del moquillo se vió, á los dos meses de su nacimiento á las puertas de la muerte.

Como enfermo sin esperanza de remedio dejóle la asturiana criada de la casa, mujer de robustos pectorales, una noche en mitad de la calle; y allá, el animalito, respirando afanoso y quejándose doliente, pagó hasta la madrugada, momentos antes de que las trotadoras burras de leche y los pesados trenes de los barrenadores apareciesen en la escena urbana.

Un enorme perro de presa olfateó al misero gozquecillo y entre lametazos y amenazadores gruñidos le puso en pie y le hizo huir hasta que sin fuerzas para andar, vino á caer frente á la puerta de la buñolería de la Rosa, cuando Frasquete el rata picabolsillos salía de allí lleno de aguardiente y animado para emprender sus proyectos de ratero con honores de hombre doctorado en el sublime arte canallesco.

—¡Un perrillo!—se dijo el ladronzuelo y movido por un sentimiento de alcoholica ternura cogió al animalito por el cuello y metiéndolo en un bolsillo de su paño se lo llevó á su casa.

Dióle allí unas fuertes fricciones de aguardiente en el espinazo; hizo le tragar media jicara de aceite y abrigándole con la burda tela de un saco, le dejó echado sobre unas rotas esteras al dulce calor del sol que penetraba por el ventanillo de la bohardilla.

No tuvo el rata ningún otro deber en la vida ni se sugetó á otra devoción, que el compromiso y cuidado de alimentar y atender al perrito.

Cierto día, después de rociarle la cabeza con las escurriduras de una botella de manzanilla, le bautizó poniéndole *Peluca* por nombre, debido sin duda, á las espesas lanas que por la cabeza y el cuello le caían como á un león su melena.

Peluca tenía largo el hocico, cortas y puntiagudas las orejas, muy retorcido y rizado el rabo, gordas y duras las patas, ancha la barriga y el color del pelo entre castaño y negro. Ladraba con voz chillona, era muy saltarín, muy listajo y alegre: sobre todo gozaba la fama de ser un perro diestro para toda habilidad propia de perro de saltimbanqui y aun quien sabe si con más esmerada educación hubiera llegado á convertirse en un verdadero perro sabio; pero para esto son necesarias muy celosas y singulares enseñanzas que el amo de *Peluca* ni entendía, ni hubiera podido facilitarle.

Aunque la vida del ratero era una sucesión de continuos sobresaltos, y aunque pocas, muy pocas veces apareció por su bohardilla, no le faltaba á *Peluca* sin embargo su diaria ración de mendrugos, pues por encargo de su amo se la dejaba todas las mañanas un trapero que vivía en la misma casa, ni le faltaban de tiempo en tiempo, algunas piltrafas de carne y huesecillos que el amo mismo solía llevarle en algunas ocasiones.

Sin duda el pequeño animal cuando llegó á la edad en que los perros van ya teniendo los colmillos y gozan del pleno uso de su instinto debió de hacerse muy extensos y profundos razonamientos intuitivos—digámoslo así—y calculó que siendo infinito el número de perros, de galgos, de gatos y de hombres, de seres